

EL LADRÓN DE LUCES. ELSA MORANTE



A pesar de que no he vivido todavía el número suficiente de años para llegar a creerlo, estoy casi segura de haber sido yo esa chiquilla. Veo con claridad la calle angosta, sucia, donde las grietas del viejo enlucido dibujaban figuras y manchas. La casa de cinco pisos (mi familia ocupaba el último) era la más alta de la calle. Al fondo estaba el Templo.

Yo no tenía más de seis años. Desde las ventanas veía pasar a hombres pálidos, a mujeres morenas con una expresión casi siempre vulgar o torva, a muchachos semidesnudos, grisáceos por el polvo. También veía enfrente una casa amarillenta, con esterillas en las ventanas y, a un lado, un amplio patio sin hierba.

A menudo una fila de hombres, militares en su mayoría, esperaba en ese patio. Entraban por turnos durante unos minutos y luego se alejaban, intercambiando ocurrencias y chismes. A las ventanas del primer piso siempre se asomaban mujeres misteriosas, risueñas, con las caras pavonadas, los ojos tiznados, y la voz fuerte y decidida. Oía sus vulgares reclamos especialmente de noche; cuando mi padre volvía de la taberna a pesar de que solo era un viejo jorobado, ellas le invitaban: — ¿Quieres subir, morenazo? ¿Quieres?

Mi madre, todavía joven, menuda, tenía un rostro agradable, pero estropeado por el rencor. En muchas ocasiones, se golpeaba rabiosa la frente con los puños, y tenía la costumbre

de maldecirme, por mis faltas, en hebreo solemne, volviendo hacia el Templo su cara deshecha. Yo me desconcertaba, porque sabía que las maldiciones de los padres y de las madres, reverberadas por el eco, siempre llegan a Dios.

En cuanto se hacía de noche, mientras mi padre se dirigía a su taberna, ella iba a pasear por las murallas, junto a mi hermana mayor, la bella, la displicente. Yo me quedaba en casa, para no dejar sola a la vieja.

La abuela estaba sorda y parecía de madera. Un rosario innumerable de años la había chupado lentamente, hasta reducirla a un pequeño esqueleto de madera, que tal vez ya ni siquiera podría morir. Su cabeza estaba casi calva y sus párpados oscuros siempre bajados. Mantenía quietas las manos junto a las caderas, con las uñas de un azul oscuro lívido. Yo había descubierto con estupor que se vendaba el pecho y las caderas, como se hace a los niños, y sobre esas vendas ponía anchos trapos grises. Decían que era rica.

En cuanto los demás salían, con una frase entrecortada, que se deslizaba con dificultad entre sus encías, me ordenaba que apagara la luz; era inútil, para nosotras dos solas, derrochar petróleo. Luego se volvía muda e inmóvil. Aunque yo estuviera temblando, obedecía. En efecto, nada más girar la llavecita de la lámpara, el fantasma de la oscuridad y del miedo se erguía a mis espaldas, y mostraba en lugar de los ojos dos fosas negras. Y yo, para tener un poco de claridad, me ovillaba junto a la ventana.

Esto ocurrió hace más de cincuenta años.

Desde la ventana podía distinguir el Templo, su cúpula maciza, los escalones, las altas ventanas con cristales de colores y, a través de los cristales, el opaco bermejear de las

lmparillas de los muertos. Las lmparillas de hierro forjado estaban colgadas en el interior del Templo, y quien quisiera dedicar una a un muerto deba pagar al guardián Jusvin para que la alimentara con aceite y velara por que no se apagase ni de día ni de noche. Los muertos, en sus tinieblas, estaban mucho más tranquilos si poseían una lmparilla.

Solo desde mis ventanas se podía distinguir el interior del Templo, con sus luces rojas. Veía al guardián Jusvin subir cada noche los escalones para cerrar el Templo y echar el aceite. Era un hombre moreno, de aspecto atractivo y solemne, con ojos negros, y cabello y barba rizada. En la penumbra, tan oscuro, parecía un profeta o un ángel, mientras subía al Templo, con su paso sesgado, debido a las pesadas llaves.

Pero una noche, cuando acababa de entrar, vi cómo se apagaban de una en una las lmparillas; él salió, circunspecto, con su apagavelas, dejando tras de sí una oscuridad inmensa.

—¡Abuela! —grité— ¡Jusvin ha apagado todas las luces de los muertos!

—No —farfulló la sorda—. No se derrocha el petróleo.

No se enciende la lámpara.

—¿No comprendes? —grité mientras me temblaba todo el cuerpo— ¡Jusvin ha apagado las luces!, ¡las luces!

—Marianna volverá enseguida, sí, sí —respondió la vieja.

Entonces renuncié a explicarle aquel secreto. Veía a mi alrededor las figuras de la oscuridad y temblaba por temor a que abrieran sus bocas y me hablaran. Temblaba por lo que podrían decirme, y por lo que diría el Señor.

Todas las noches, desde aquel día, veía a Jusvin cerrar tras de sí el portal del Templo y apagar las luces. Su intención era ahorrar aceite y sisar del tributo que percibía por las lmparillas. Así me lo explicó mi madre; y me dijo también que me callara,

porque ese hombre tenía seis hijos pequeños, y una denuncia le haría perder su puesto. Así que, silencio. Dios le veía y decidiría castigar a quien robara la luz de los muertos.

Dios hará justicia.

—¡Ladrón! ¡Ladrón! -gritaban mis nervios y mis huesos cuando veía subir esa sombra, despacio por la escalera. Esperaba con ansia que sus manos se cayeran, como dos trapos.

Habría querido correr al Templo, gritar fuerte: «¡Yo te veo!

¡Te veo cuando robas las luces de los muertos! ¿No tienes miedo... de Dios?». Pero permanecía quieta, paralizada en el alféizar de la ventana. Pensaba en los muertos, bajo tierra, sin ninguna luz. Y para no ver, me tapaba la cara hasta que de nuevo me sentía atraída por esa sombra larga que descendía con su apagavelas y desaparecía entre las callejas.

Una noche no fue, y las rojas llamas temblaron tranquilas detrás de los cristales. Cuando volvió a aparecer, después de un tiempo, ya no podía hablar. A duras penas salían de su garganta sonidos roncós y balbuceos, y abría desmesuradamente los ojos, con gestos de títere, como hacen los mu-dos; hasta que un día los gritos y los rugidos de una bestia resonaron en las callejas. Jusvin se estaba muriendo.

-Es la justicia del Señor - dijeron.

El dedo del Señor le había tocado la lengua, y ahora esa lengua maldita de Jusvin se deshacía en una llaga. Era un mal que la gente apenas se atrevía a nombrar (yo lo relacionaba, por su nombre fantástico, con la feroz fauna marina y con los trópicos africanos). Y aquellos alaridos corrieron por todas las calles, repitiendo que el cuerpo del pecador se retorció y sudaba. Y no tuvieron un instante de reposo, hasta el silencio.

—Nunca tendrá paz —dijeron, negando con la cabeza—.

Ni él ni sus hijos.

Camino de la escuela, me encontraba a menudo con sus hijos, especialmente con Angiolo y Ester. Eran bastante guapos, aunque iban sucios y desnudos. Los dos grandes ojos de Angiolo parecían dos fuegos y, cuando reía, se le marcaban hoyuelos. Ester tenía unos espléndidos rizos, las piernas delgadas, y su cara redonda era como una fruta. Yo los observaba asustada. Pensaba que el dedo de Dios tocaría su lengua, como había hecho con su padre, y así la extraña bestia africana se la roería. Y ellos ya no podrían hablar, más adelante, sino con tristes sonidos. Uno tras otro, mudos, con una llaga dentro de la boca, los hijos de Jusvin, y los hijos de sus hijos, tendrían que pasar delante del Señor.

Esa escena me atormentaba en mi soledad infantil y reaparecía en mis sueños; pero aquella noche de verano, junto al Templo, vi algo más.

Me sucedió una grave desgracia. Mi padre me había mandado salir y me había dado una moneda con el encargo de jugar tres números a la lotería. Cuando regresaba de comprarlos, absorta en mis fantasías, perdí el billete con los números. Erré por las calles febrilmente sollozando en silencio, rebuscando entre el polvo. Nada. Y luego me quedé quieta, acurrucada junto al alto muro, a la sombra nocturna del Templo. Pensaba no volver más a casa, salir del gueto, salir de la ciudad y morir. Con el pensamiento llamaba a mi padre, en ese momento, con el apodo que le daba la gente: el Jorobado. Muchas veces me habían preguntado: «¿Eres tú la hija del Jorobado?». Y entonces, por mi mente, con miedo, pasaban ideas nuevas, relámpagos sacrílegos: «El Jorobado me pegará. ¿Por qué tiene que pegarme? Yo soy pequeña, pero bonita, tengo dos trenzas largas y sé leer. Él es un jorobado. No quiero que

me pegue. Pero he perdido el billete de la lotería, que tal vez habría salido premiado. He hecho mal, era suyo, y me pegará. Y mi madre me maldecirá. Éste es el castigo. Yo deambulaba mirando las casas, las ventanas y las caras, sin pensar en el billete, y he pecado. También Jusvin había pecado, y el Señor le ha castigado».

Aquí está Jusvin en presencia del Señor. El Señor no tiene cuerpo ni cara; es como una nube de tormenta, como la sombra de una montaña: «Piedad, Señor, lo he hecho por mis hijos. Agua para mi lengua, sueño para mis ojos. Piedad por mis andares que envidian a los plácidos muertos». Estas son palabras que ha sepultado en su garganta, pero nunca tomarán forma en sus labios. La boca se tuerce, borbotea, el hombre gesticula y suda. Y él, el sin-forma, no habla. Su silencio significa: «Tú, ladrón».

Entretanto han ido llegando muchos otros, silenciosos, salidos de los muros del Templo. Sus cuerpos son masas oscuras; sus rostros son máscaras con las cuencas vacías; sin embargo, me parece que reconozco a alguien. Aquí está la vieja Mitilda, la que preparaba pipas de calabaza y luego, me dijeron, se había ido al cielo. Pero está aquí, con los zapatos rotos y el pañuelo alrededor de su cara sin ojos. Y aquí están Lazzarino y su hijo Mandolino, larguiruchos, de largos brazos, con una chistera sobre sus rostros cadavéricos. Sí, son ellos y otros a los que no conozco, pero todos se parecen, y arrastran entre los muros oscuros sus pies pesados. Algunos tienen ropas raras, hechas de trapos, de colores distintos y desteñidos, o tiras andrajosas alrededor del busto, con sombreros de todo tipo como los que se ven en los teatros. Algunas mujeres llevan ropas amplias que arrastran sin ruido, y ojos tiznados y colorete en la piel. Y otros sin embargo están semidesnudos y pálidos.

Son los muertos, y andan a ciegas, y tienden los labios como para beber, reclamando su luz. Ninguno tiene alas; parecen topos salidos de la tierra. Debajo de la tierra, seguramente todavía creían ver el día en aquella luz, y ahora la buscan a tientas. Solo los vivos pueden encenderla y apagar-la; así lo quiere Dios, en el centro, el silencioso, que castiga a los vivos y encierra en la tierra a los muertos.

Así era mi Dios; y esa chiquilla era yo, o tal vez mi madre, o la madre de mi madre; yo he muerto y he vuelto a nacer, y con cada nacimiento se inicia un nuevo proceso incierto. Y esa chiquilla está siempre allí, interrogando asustada en su mundo incomprendible, bajo la sombra del juez, entre los muros.

ELSA MORANTE

Traducción de Flavia Carroni

ESTA TRANSCRIPCIÓN TIENE FINES DIDÁCTICOS. SE ACONSEJA A LOS ALUMNOS COMPRAR EN SU LIBRERÍA HABITUAL EL VOLUMEN COMPLETO.

